

Y como ya había trabajo aquí,
como ya había qué hacer con la ropa usada,
empezaron a llegar menos fardos de afuera.
No se cerró la frontera, no.
Pero ya no entró como antes,
ya no por montones sin sentido.
as laderas descansaron un poco.
Los ríos bajaron más claros.
Todavía hay basura, pero ya no como antes.

Los jóvenes ahora aprenden a coser
como antes aprendían solo a vender.
Aprenden de las abuelas, escuchando,
mirando.
—Esto es nuestro —dicen—,
no reciclado nomás,
esto es cultura que se sigue moviendo.
La ropa ya no se pierde.
Se transforma, se queda,
y camina con nosotros.

—Esto no es adorno, waway —dicen—,
esto es historia.
Si vas a coser, cosé bien.

Y así la ropa empezó a parecerse a nosotros.
No a la moda del norte,
sino al frío del Alto,
al sol bravo,
a la feria, al cerro.

Cada prenda muestra de dónde viene.
Se nota si es de valle, de altiplano, de ciudad.
La ropa volvió a hablar.

En otras ciudades copiaron la idea,
pero no copiaron el diseño.
Cada lugar le metió su cultura, su gente, su
forma.

Lo más fuerte fue eso:
nadie quiso hacer igual.
Cada región defendió lo suyo.



Mas historias en el Initpunk

La ropa que llegaba como sobra ahora
camina con nombre y con historia.
No vino del norte esta vez: nació aquí,
en manos que saben, en tejidos que
recuerdan.
Entre cerros, ferias y máquinas viejas,
aprendimos que no todo lo usado está
perdido, y que vestimos también es
una forma de decir quiénes somos.
Jallalla lo hecho aquí, jallalla lo que
no se deja borrar.

Las tejedoras siguen viniendo,
con su lana, su aguayo,
con su sabiduría antigua
bien firme.

Ellas mandan en el tejido.
Dicen qué símbolo va,
qué color corresponde,
qué no se puede mezclar
así nomás.

La sastrería Amaru

Zénit
III

Ya es costumbre
Ahora decir “esa prenda es rehecha”
no es raro, no es novedad.
Es normal, como decir
“hecho en El Alto”.

La ropa ya no es solo ropa.
Tiene forma, tiene señal,
tiene mano.

Saturnina de Sopo'kach'i